La SOMBRA *del* MAYORAL

Irene Municio



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: mayo 2026

Depósito legal: SE 1674-2026

ISBN: 979-13-7046-898-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Irene Municio

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A mis padres

«En tu leyenda antigua, en tus corrales,
hay gritos de fantásticos pastores,
aún hay sombras de viejos mayorales».

INSCRIPCIÓN EN LA ENTRADA DE
UNA CASA EN CASLA, SEGOVIA

Primera parte

Capítulo 1

Sigueruelo (Castilla), mayo de 1786

El mayoral se frotó el rostro con fuerza, hasta que le dolieron los ojos y las mejillas se le entumecieron. Bebió un sorbo de agua, pero enseguida lo escupió al notar cómo le acuchillaba las encías. A su alrededor, margaritas silvestres salpicaban las orillas del riachuelo, que bajaba crecido tras las últimas lluvias. Arrodillado junto al agua, volvió a lavarse la cara en un intento de despejarse.

Se incorporó, más despierto, pero todavía atormentado. Aquel año, los ocho meses lejos de su tierra habían sido especialmente duros. Sufrieron demasiadas bajas en Extremadura y perdió más ovejas de las que el marqués estaría dispuesto a aceptar. La peste ovina no tuvo piedad con su rebaño y ahora los números no cuadraban.

El amo le rebajaría el jornal cuando llegara San Miguel y él no tendría más remedio que hacer lo mismo con sus pastores. No le cabía duda. Así funcionaba desde siempre: las pérdidas bajaban cuesta abajo, de señor en señor, hasta estrellarse en las espaldas de quienes menos podían permitírselo.

Se protegió del sol con la montera, se echó el zurrón al hombro y recogió el cayado, que había dejado junto a una roca mientras se lavaba. Como cada mañana, el rebaño descendía lentamente por la ladera, llenando el campo con el eco irregular de los cencerros. Un sonido monótono, casi hipnótico, que marcaba el ritmo de sus días.

Era alto y fibroso, con las piernas de un hombre acostumbrado a caminar durante semanas, sin apenas descanso, sorteando barrancos y cruzando cañadas. Avanzaba algo encorvado, como si las preocupaciones le colgaran del cuello y pesaran más que el propio zurrón.

Cerró los ojos y se dejó mecer por el viento suave y el calor de los primeros rayos del sol. El aroma del tomillo, la jara y la tierra húmeda tras la lluvia lo envolvió, haciéndole sentir —por fin— en casa. Cuando los volvió a abrir, el ladrido repetido de los mastines lo sobresaltó. Venía de más allá del barranco, donde la maleza crecía espesa. «Tal vez han sentido el rastro de otro lobo», pensó inquieto. Entornó los ojos hacia la sierra, buscando un movimiento, una sombra entre los pinos.

—Ni se os ocurra acercaros —murmuró entre dientes, como si su voz pudiera servir de advertencia a la amenaza invisible.

No podía permitirse otra desgracia. Si esa noche los asaltaban, ya nada podría ir peor. El rebaño estaba diezmado, los hombres exhaustos y el ánimo, al límite. El más leve ataque bastaría para quebrar lo que aún se mantenía en pie. Se apoyó en el cayado, sintiendo de nuevo el peso de la responsabilidad sobre los hombros. Era el mayoral y, aunque el cansancio quisiera doblegarlo por dentro, debía mantenerse firme.

Una oveja, seguida de su cordero, se acercó a mordisquear un brote verde junto a él. Extendió la mano y hundió los dedos en la abundante lana. Pronto llegaría el tiempo de la esquila. Sus animales daban el mejor vellón del mundo, de una calidad inigualable, vendida a precio de oro en los puertos de Flandes. Pero aquella riqueza no les pertenecía. La lana de las ovejas merinas de Castilla era propiedad de los amos, ningún pastor podía enriquecerse con ella. La gloria y el oro eran para otros.

Pensó en sus hijas, en otro invierno en el que tendrían que vender partes del gorrino tras la matanza y racionar el pan al fi-

nal de la semana. Otro año en que su mujer tendría que arar las tierras mientras él estaba en Extremadura, dejando a las niñas al cuidado de las cuadras. Otra vez, las sopas de ajo día tras día.

—¡Don Andrés! —gritó Pedro, el Gurriato, desde el otro lado de la cañada, alzando los brazos—. ¡Preguntan por usted!

El mayoral afinó la vista y distinguió a su amigo reunido con varios hombres a lo lejos. Se caló la montera y apretó los dientes, emprendiendo el camino hacia ellos.

¿Qué querrían de él ahora?

Capítulo 2

En la actualidad

A Carmen nunca le han gustado los entierros. Le parecen una especie de teatro improvisado en el que, según la suerte que tengas, te tocará interpretar un papel protagonista o quedarte en las filas del coro, mirando de reojo a los demás para no desafinar.

Están en el cementerio antiguo del pueblo, donde los cipreses parecen haber aprendido a guardar silencio antes que a crecer, reunidos frente a una tumba de mármol que refleja el sol sin saber lo que guarda debajo.

La abuela solía decir —medio en broma, medio cansada— que le daba igual lo que hicieran con ella una vez muerta. Así que Carmen, que llevaba una década viviendo fuera de casa, no discutió cuando su madre habló con el cura, ni cuando se organizaron sermones y misas, ni cuando alguien propuso flores blancas «porque eran las que más le gustaban», aunque no fuera verdad.

Un mirlo desciende desde alguna parte del cielo limpio y se posa sobre una pequeña cruz de hierro, solitaria y oxidada, que se inclina con el peso del tiempo, como si llevara siglos en ese mismo lugar. En ese instante, bajan el ataúd. Carmen lo observa. No a la caja, ni al cura, ni a la gente. Solo al pájaro. Y se lamenta por no haber podido despedirse de ella. No como quería. No de verdad.

Pero no todo se puede elegir. Eso también lo mencionaba su abuela.

«Al menos no sufrió», se consuela la madre de Carmen, dando el último abrazo a un familiar y derramando unas cuantas lágrimas más.

Después del cementerio, se van directos a la casa, situada al final del pueblo. Su madre trae las llaves en el bolso y quiere comprobar cómo está después de tantos meses. La abuela últimamente ya solo venía los veranos y, entre médicos y achaques, cada vez menos tiempo.

Mientras bajan la calle, un coche negro se cruza en su camino y tienen que arrimarse a la pared más cercana, pues allí no hay espacio para las aceras. «Matrícula francesa», escucha decir a su padre, que lo mira haciéndose visera con la mano, «no tienen suficiente con Benidorm, que también se tienen que venir aquí».

El corral está lleno de flores silvestres y hierbas demasiado altas, a través de las cuales se hacen paso hasta llegar a la puerta de madera pintada de verde. Su padre decide ir a ver a un tal Ramón, que tiene «una máquina de esas que en un momento te lo siega». La madre de Carmen abre la puerta y pasa de la tristeza a la indignación, y rápidamente al pánico, al darse cuenta de que alguien ha estado antes allí.

—¡Nos han robado! ¡Nos han robado! —grita llevándose las manos a la cabeza, con el rostro enrojecido y las venas del cuello a punto de estallar.

—Cálmate, mamá, no pasa nada. En esta casa no hay objetos de valor —la tranquiliza Carmen, que siente que su madre va a desbordarse, igual que si fuera una olla hirviendo.

—¡No te muevas de aquí, hija! ¡Voy a llamar a la policía! —exclama ella tras sacar el móvil del bolso, sacudiéndolo por encima de su cabeza.

Carmen contempla cómo su madre se marcha a trompicones en busca de conexión, intentando no tropezarse con los hierbajos

del corral, hasta que desaparece tras las casas. Solo en la parte alta del pueblo hay cobertura.

Suspira y mira a su alrededor. Todo está patas arriba, y no debería moverse, pero tampoco piensa hacer caso a su madre.

Capítulo 3

Sigueruelo (Castilla), mayo de 1786

Mientras se acercaba, Andrés observó con atención a los tres hombres que lo esperaban. Su aspecto elegante contrastaba con el de los lugareños. Llevaban el cabello empolvado y rizado sobre las sienes, y sostenían bastones ornamentados, demasiado finos para un camino tan pedregoso. El más alto de los tres calzaba unas botas de cuero con polainas, más adecuadas para ese terreno que los zapatos de hebilla sobre las medias blancas de sus acompañantes.

Andrés llegó a su altura al mismo tiempo que uno de ellos intentaba quitarse, sin éxito, las cagarrutas acumuladas en la suela del zapato, frotándose contra unos helechos.

El hombre de las botas se presentó. Era de mediana edad, tan delgado como el mayoral y hablaba español con un marcado acento francés.

—Me llamo François Hilaire Gilbert, sirvo como veterinario y profesor de Economía Rural y de Historia Natural de la prestigiosa Escuela Veterinaria de Alfort, en Francia.

Andrés no respondió. Sin desanimarse, el francés continuó:

—Señor Gil, si he venido hasta aquí es para tomaros al servicio de la Corona.

El mayoral observó la cara de sorpresa de los cuatro pastores que habían acudido curiosos al encuentro y que ahora le rodeaban. Unos rostros de pieles ásperas y bocas desdentadas que nada tenían que ver con los recién llegados.

—¿Y con qué empresa deseáis contratar mis servicios? —preguntó Andrés.

—Para llevar un rebaño de ovejas merinas al norte de Francia.

Hubo exclamaciones y murmullos de incomprensión entre los allí presentes. Aquel hombre le estaba pidiendo a Andrés que realizara una tarea ilegal. El contrabando de merinas se castigaba desde hacía siglos con la pena de muerte y todo el mundo sabía que no podían ser exportadas. La raza de ovejas con la mejor lana del mundo era española y así debía seguir siendo para beneficio de las arcas de los reyes y el orgullo de los humildes pastores.

Gilbert indicó a uno de sus acompañantes que entregara al mayoral el sobre que tenía en la mano. De él extrajo una carta firmada y sellada por el mismísimo monarca Carlos III, que autorizaba a dicho rebaño a cruzar los Pirineos hasta Rambouillet. Como Andrés era el único que sabía leer, para darle tiempo y calmar el revuelo de los pastores, el caballero que había entregado la carta tomó la palabra:

—El excelentísimo señor don Anselmo Ramos, marqués de Torreval, así como quien os habla, don Maximino de las Heras, presidente del Honrado Concejo de la Mesta, hemos sido convocados para acompañar al señor Gilbert y dar fe de cuanto aquí se dispone —intervino con solemnidad.

Hizo una pausa y, con gesto medido, extrajo de su casaca un pañuelo de seda con el que se enjugó la frente perlada por el calor.

—En virtud de lo ordenado por su majestad el rey, nos ha sido encomendado presenciar y certificar la entrega de un rebaño compuesto por trescientas treinta y cuatro cabezas de oveja merina, cuarenta y dos carneros sementales y siete carneros conductores, que, por vez primera en la historia, habrán de atravesar nuestras fronteras.

Miró a los presentes con gravedad.

—No se trata de una empresa menor, caballeros. Estos animales son patrimonio de la Corona y de la nación entera, pues su

lana ha sostenido durante siglos la riqueza de Castilla. Por tanto, cuanto hoy aquí sucede quedará registrado como acto de la mayor trascendencia.

Tras sus palabras, solo se escuchó durante algunos segundos el sonido de los cencerros y el balar lejano de las ovejas.

Los dos acompañantes del francés intercambiaron una mirada de preocupación que Gilbert no pareció advertir, pues sonreía indiferente, mirando al mayoral.

—Ahora que mi país y el vuestro cuentan con una relación más que cordial, su majestad el rey Luis XVI está interesado en adquirir un rebaño de merinas para que Francia pueda también beneficiarse de su lana de grandísima calidad —continuó Gilbert—. Los animales viajarán hasta Rambouillet, donde el monarca ha ordenado construir los mejores establos del país, como la ocasión lo merece. Tras una cuidadosa selección tenemos el rebaño preparado, solo nos falta un mayoral que esté a la altura.

—¿Cuánto se me ofrece por ello? —preguntó Andrés, aún con la carta en la mano y el semblante serio.

—Más de lo que cualquiera de vuestros amos estaría dispuesto a pagaros. Los servicios a la Corona de Francia serán bien retribuidos y, por supuesto, daremos un adelanto a sus familias —respondió Gilbert, mirando también a los otros hombres.

—Pero ir a Francia no es lo mismo que ir a Extremadura, señor —se atrevió a decir Pedro el Gurriato, que escuchaba junto con los otros pastores detrás de Andrés.

—Por eso necesitamos al mejor mayoral, que podrá elegir a sus acompañantes para tan ardua e importante tarea —insistió Gilbert, señalando a Pedro—. Una vez en Rambouillet, serán alojados con comodidad, y podrán enseñar sus conocimientos y asegurar los cuidados de las merinas hasta que hayan parido una segunda camada.

El mayoral miró a los hombres que lo rodeaban, aquellos que durante años habían confiado en él sin reservas. Una cosa era

conducirlos al sur, como tantas otras veces, y otra muy distinta emprender un viaje a tierras extranjeras.

—Pasado mañana tornaré a por vuestra respuesta. Quedo a vuestra disposición hasta entonces. Dios os guarde —se despidió Gilbert, que se dio la vuelta seguido de cerca por los dos caballeros.

Andrés asintió luchando por ordenar sus pensamientos.

—¿Cuándo queréis partir? —preguntó antes de que se alejaran.

Gilbert se giró, esbozando una sonrisa.

Capítulo 4

En la actualidad

Han revuelto toda la casa.

Los viejos armarios de la cocina tienen las puertas abiertas de par en par, dejando a la vista latas de conserva dispuestas de cualquier manera. En el dormitorio, la ropa está desparramada como un cuerpo vencido tras la huida. Los cajones de la mesilla permanecen abiertos, mostrando papeles viejos, pulseras sin valor, entradas de cine de hace años y algún secreto a medio escribir en una libreta.

Carmen recorre la vivienda desolada sintiendo con cada paso el eco del después, el vacío que deja la ausencia forzada. Accede a la sala de estar, donde su abuela solía leerle cuentos cuando era pequeña, tiene que pisar con precaución sobre una montaña de libros para llegar hasta la pared y abrir las contraventanas. La luz entra de golpe, sin pedir permiso, y deja ver el desastre con una claridad cruel.

Se queda quieta durante varios segundos, mirando sin ver, como si el cuerpo hubiese llegado antes que la conciencia. Siente que han profanado algo más que una habitación: un lugar sagrado. Una cápsula del tiempo formada de polvo, silencio y papel. No comprende qué puede buscar alguien en una vieja casa de pueblo para atreverse a algo así.

Bajo su pie derecho, nota el lomo duro de un libro. Se agacha, lo levanta y, debajo, aparece otro, y luego otro. Uno a uno, los va

rescatando, llenándose los brazos como si fueran pájaros heridos, y camina con ellos hasta la estantería, haciendo equilibrios para que no caigan. Le llevaría horas devolver cada uno a su sitio, pero en el fondo, lo sabe, no se trata solo de eso. Carmen deja de recogerlos y se desploma sin fuerzas sobre la butaca que solía ocupar cuando leía con su abuela.

—¡Ay! —exclama, llevándose la mano al coxis.

Se ha clavado el borde puntiagudo de un libro que hubiera jurado que no estaba allí antes de sentarse. Lo saca y retira de un soplido el polvo que cubre la portada. Miles de motas bailan bajo la luz de la ventana. Es *Viaje al centro de la Tierra,* de Julio Verne, en una edición magnífica, con una encuadernación en tonos burdeos y letras doradas, que enmarcan la ilustración de la portada. Lo abre y lo hojea hasta que un papel se desliza de entre las páginas.

Al verlo caer, Carmen lo recoge extrañada, con la impresión de que se trata de una carta antigua. Es un papel amarillento y casi transparente, que parece haber vivido más tiempo del que debería. La letra, complicada y casi ilegible, está escrita a mano.

—¡Carmen! —La voz de su madre le hace pegar un respingo—. ¿Dónde estás?

Coloca de nuevo el papel entre las páginas y deja la novela sobre la mesita. Está a punto de salir de la estancia cuando cambia de idea. Se da la vuelta y, sin pensarlo, la coge y la mete en el bolsillo interior de su chaqueta.

Sus padres aparecen en la puerta, acompañados por un agente uniformado con cara de malas pulgas. El hombre examina la escena con el presentimiento de que algo ha cambiado.

—Espero que no haya tocado nada, señorita —dice, escrutando el rostro de Carmen con una mirada severa.